

EVANGELIZACIÓN FRANCISCANA Y RESISTENCIA INDÍGENA: DOS REBELIONES EN LA FRONTERA ENTRE COSTA RICA Y PANAMÁ (CABAGRA, TÉRRABA, 1761 Y BUGABA, ALANJE, 1787)

Juan Carlos Solórzano F.¹

Abstract

This article analyzes and compares two Indian rebellions in the border area between Costa Rica and Panama which took place in the second half of the 18th century. In the first case, the rebellion was carried out by Indians known as "northern terbis", who Franciscan friars had concentrated in the missionary reduction town of Cabagra in 1744, within the jurisdiction of the province of Costa Rica. The second case deals with the rebellion and fleeing of Indians that Franciscan friars referred to as from the "Chánguena nation." These had been concentrated in the town of Bugaba, part of the jurisdiction of Alanje, in the Audiencia of Panama.

By comparing both rebellions, it was determined how, in the first case, the Spaniards were unable to concentrate the Indians again in the town of Cabagra, due to the low Spanish presence in the region. On the contrary, in the case of Bugaba, the presence of Spanish settlers and settlers of mixed African blood enabled colonial authorities to quickly begin tracking and capturing fleeing natives, who were again taken to towns and subjected to control by the Franciscan friars.

Resumen

En este artículo se analizan y comparan dos rebeliones indígenas en el área fronteriza de Costa Rica y Panamá ocurridas en la segunda mitad del siglo XVIII. En el primer caso, la rebelión la llevan a cabo indígenas denominados como "terbis del norte", quienes habían sido concentrados por frailes franciscanos en el pueblo de reducción misional de Cabagra en el año de 1744, correspondiente a la jurisdicción de la provincia de Costa Rica. En el segundo caso se trata de la rebelión y huida de los indígenas que los frailes franciscanos llaman de la "nación Chánguena". Estos habían sido concentrados en el pueblo de Bugaba, perteneciente a la jurisdicción de Alanje, en la Audiencia de Panamá.

Al comparar ambas rebeliones se pudo determinar cómo, en el primer caso, los españoles fueron incapaces de reconcentrar a los indígenas nuevamente en el pueblo de Cabagra, debido a la poca presencia hispánica en dicha región. Por el contrario, en el caso de Bugaba, la presencia de colonos españoles y afroestizos permitió a las autoridades coloniales iniciar con rapidez la persecución y captura de los indígenas fugados, los cuales fueron nuevamente poblados y sometidos a control de los misioneros franciscanos.

Introducción

En el presente trabajo se intenta explicar el avance misional de los frailes recoletos en la región fronteriza entre Costa Rica y Panamá durante la segunda mitad del siglo dieciocho. En este sentido interesan las regiones de la cuenca del río Térraba, en el lado de Costa Rica, y la del Golfo de Chiriquí, en el lado de Panamá. Se analizan los esfuerzos de los misioneros por reasentar la población indígena de la región en poblados nucleares, denominados pueblos de reducción o de misiones. El objetivo de los frailes no era únicamente adoctrinar a los indígenas en la religión católica, sino también que éstos realizaran actividades que resultaran beneficiosas para las misiones. Es decir, los indígenas debían fabricar artesanías al servicio de los frailes, cuidar ganado y sembrar sementeras de maíz, frijoles, yuca y plátanos. También debían suministrar pescado, arriar las mulas, navegar en canoas en busca de moluscos tintóreos, etc. Una pesada carga y un ritmo de trabajo extenuante aguardaba a los indígenas que eran congregados en los pueblos de reducción. A ello se sumaba la aplicación de crueles castigos como azotes, grillos y cepo².

Si los indígenas aceptaron la sumisión en pueblos de reducción, ello obedeció en gran medida a las amenazas crecientes que tuvieron que enfrentar en el Caribe por parte de expediciones esclavistas organizadas por ingleses y mosquitos, es decir los habitantes indígenas de la región de la Costa de la Mosquitia, en el Caribe de Honduras y Nicaragua. Un detallado informe escrito en 1771 por el ingeniero Luis Díez Navarro, señala claramente como los “zambos y mosquitos” eran enemigos declarados de los indígenas de Talamanca puesto que todos los años armaban estas gentes:

“sus piraguas que son grandes, muchas y ligeras; muchas veces llegan a cuarenta, y cada una con veinte o veinte y cinco bárbaros. Con ellas, en los tiempos que tienen por oportuno, corren todas las costas, empezando por la provincia de Costa Rica empezando desde las bocas del río San Juan de Nicaragua (...). De este paraje pasan a la costa perteneciente a la Talamanca y a la referida isla de Tójar, que una y otra poseen los indios nortes de dicha Talamanca. En estos lugares y su país hacen lo mismo que en la anterior provincia; y la gente que en unos y otros parajes cogen los hacen esclavos, vendiéndolos a los ingleses habitantes en la provincia de la Tologalpa y Cabo de Gracias a Dios”³.

En este contexto, los indígenas aceptaron más fácilmente la palabra de los frailes y el hecho de ser concentrados en los pueblos de misión fundados por los religiosos. Pero la vida que esperaba a los indígenas en las misiones tuvo como consecuencia el que frecuentemente se produjeran huidas individuales y ocasionalmente, durante las rebeliones o ataques de los indígenas insumisos a los pueblos de misión, la fuga masiva de los habitantes de los pueblos de reducción.

En este estudio hemos realizado el análisis de las regiones del valle de río Térraba, en Costa Rica y del Golfo de Chiriquí, en Panamá, por separado. Pero, en primer lugar, es necesario explicar –a grandes rasgos– el contexto internacional y centroamericano en el cual se enmarcan las acciones de resistencia contra la expansión hispánica y las respuestas represivas que organiza el poder colonial, con el fin de afianzar su dominio.

Luego, estudiaremos el avance misional de los frailes franciscanos en los pueblos de Boruca, Térraba y Cabagra en el lado costarricense. Este apartado concluye con la rebelión de los teribes, destrucción del pueblo de Cabagra e incendio del

de Terraba, en 1761. Posteriormente, analizamos la acción de los frailes en la región de Chiriquí y la fundación de seis pueblos de reducción en dicho territorio. Aquí se analiza, tanto la fuga e incendio del pueblo de Guadalupe de Bugaba, de indígenas chánguenas, entre 1787 y 1788, como la posterior acción represiva de las autoridades coloniales, organizada desde los centros de colonización hispánica: Santiago de Veragua y Santiago de Alanje.

El contexto internacional y centroamericano en el siglo dieciocho

En el transcurso de la segunda mitad del siglo dieciocho, y como consecuencia del creciente enfrentamiento entre España e Inglaterra, la Corona española se interesó de nuevo en la protección de sus fronteras, recurriendo –como lo había hecho en el pasado– a una política orientada a aumentar su presencia allí, en muchos casos, por medio del envío de los frailes misioneros.⁴

En Centroamérica colonial, diversas órdenes religiosas habían participado en la tarea de evangelización inicial de los indígenas en los años posteriores al período de la Conquista, en particular en el transcurso de la segunda mitad del siglo dieciséis. Pero, como lo han señalado diversos autores, algunas de éstas órdenes religiosas prefirieron, iniciado el período propiamente colonial, permanecer en las regiones cuyos habitantes habían sido dominados y sometidos sus habitantes al vasallaje, es decir, las áreas donde predominaba población indígena que vivía en núcleos de población concentrados, pues allí la vida era más fácil que en las hostiles selvas de indígenas considerados salvajes.⁵

En Hispanoamérica, solo dos órdenes se distinguieron por su afán de continuar la tarea de evangelización en los territorios que habían escapado del control hispánico al término del siglo dieciséis: los jesuitas y los franciscanos. Estos últimos tuvieron a cargo la evangelización de las áreas de frontera en Centroamérica. En el caso particular de este estudio, la evangelización la llevó a cabo la Orden de los franciscanos, en sus dos variantes: primero los observantes y más tarde (es el caso de los pueblos aquí analizados) los recoletos.

Cabe recordar que, al término del siglo dieciséis, los españoles controlaban solo entre el diez y el quince por ciento del continente americano y las principales ciudades hispánicas se ubicaban en las llamadas “áreas nucleares”, aquellas que concentraban la mayor población dependiente de una agricultura intensiva y organizaciones sociales complejas, es decir México y Perú, así como los territorios que se extendían entre dichas grandes áreas: Centroamérica, los Andes Septentrionales y el Caribe. Aquí las poblaciones indígenas habían logrado desarrollar eficientes sistemas agrícolas y de recolección, lo que redundó en el crecimiento demográfico. Sin embargo en el sur y el occidente de lo que se llamó “el Reino de Guatemala”, los territorios quedaron prácticamente sin presencia española y poblada principalmente de indígenas insumisos al poder español.

En el continente americano, los españoles no pudieron controlar los gigantes espacios territoriales habitados por poblaciones organizadas mayoritariamente en cacicazgos y tribus. Tal fue el caso de los habitantes originales de lo que hoy día son los Estados Unidos, donde apenas si colonizaron territorios de California y de la cuenca del Golfo de México. Lo mismo ocurrió en el extremo meridional de Chile y Argentina; la región del Chaco en el Paraguay, etc.

Toda la porción occidental de Centroamérica, es decir su región Caribe, escapó de la colonización hispánica implantada en su vertiente del Pacífico. Ello fue resultado principalmente de la existencia de poblaciones dependientes de la caza y la recolección y organizadas en tribus, situación que se vio fortalecida como consecuencia del descenso demográfico causado por las acciones destructivas de las primeras huestes hispánicas como por la epidemias traídas por los europeos.⁶ Todo lo cual condujo a una situación de gran fragmentación política, de pequeños cacicazgos o tribus. En los casos de Costa Rica y Panamá la situación fue aún más precaria para los españoles, pues no solo las regiones del área del Caribe escaparon al control efectivo hispánico, sino que vastos territorios del Pacífico apenas si contaron con la presencia de efímeros núcleos de colonización durante los siglos dieciséis y diecisiete. Fue allí donde los frailes franciscanos orientaron sus actividades de evangelización y de congregación de indígenas en pueblos de misión.

A fines del siglo diecisiete se produjo lo que algunos han llamado una “oleada de fervor religioso y de evangelización”, en una Europa que resurgía de los horrores de la Guerra de los Treinta Años (1618-48). Todo ello coincidía con el celo hispánico por protegerse de la creciente amenaza de los ingleses, holandeses y franceses, que ya se habían apoderado de diversas islas en el Caribe. Los frailes partieron rumbo hacia las zonas conflictivas del Caribe, donde incursionaban piratas que se aliaban con grupos indígenas locales. Esta situación se produjo especialmente en Belice, la costa de los mosquitos de Honduras y Nicaragua, así como el Caribe de Costa Rica y Panamá.⁷

En Centroamérica, desde principios del siglo dieciocho, habían sido los frailes de la orden de los franciscanos recoletos quienes habían lanzado la ofensiva misional predominante en dicha centuria. Éstos fundaron su sede en la ciudad de Guatemala, a la que dieron el nombre de Colegio de Propaganda Fide de Cristo Crucificado.⁸

La ofensiva misional fue detenida por la enérgica resistencia de los indígenas. En el caso de Costa Rica, tuvo gran trascendencia la rebelión liderada por los caciques Presbere y Comesala, quienes en 1709 dirigieron una exitosa rebelión que agrupó a diversas etnias en Talamanca. Estos atacaron catorce pueblos de reducción misional implantados por los franciscanos entre las poblaciones indígenas de la región de Talamanca, en el Caribe sur del país.⁹

Todos los pueblos de reducción, con sus ermitas para celebraciones religiosas, fueron destruidos e incendiados por los indígenas rebeldes. Perecieron también dos frailes cuyas cabezas fueron llevadas por los indígenas como trofeo de guerra y para sus celebraciones religiosas. La represión de los españoles fue feroz: al año siguiente el gobernador organizó una gran expedición militar, que ingresó en Talamanca logrando capturar a uno de los líderes, Presbere, quien fue fusilado en Cartago. No obstante, la rebelión trajo el final de las misiones en Talamanca. En la segunda mitad del siglo dieciocho, los pocos indígenas de los sobrevivientes pueblos de misión de Talamanca fueron llevados hacia el pueblo de Orosi, en el Valle del Reventazón, en el interior del país.

En 1713, la guerra que enfrentaba a Inglaterra contra las aliadas España y Francia, terminó con el Tratado de Utrecht, el cual puso término a la llamada Guerra de Sucesión en España (1700-1713). Aunque los Borbones franceses lograron colocar a un nieto de Luis XIV en el trono español, fueron los ingleses quienes salieron favorecidos en el terreno comercial: consiguieron no solo el aprovisionamiento de esclavos de origen africano para el mercado americano, sino también el llamado “navío de permiso”, por medio del cual inundaron de mercancías británicas el mercado hispanoamericano¹⁰

La paz entre Inglaterra y España, se mantuvo hasta el año de 1739. Por ello, entre 1713 y 1739 la Corona española no consideró necesario realizar gastos en la defensa de sus costas ni en enviar frailes hacia las regiones del Caribe, habitadas por indígenas insumisos, pues consideraba que sus intereses se encontraban salvaguardados gracias a la ratificación del tratado de Utrecht de 1713, que vino a sellar la paz entre España e Inglaterra. Por su parte, los ingleses aumentaron su presencia amparados en los permisos para comerciar, obtenidos de la Corona española. Esta situación de la política internacional trajo, como consecuencia, el que la Corona se confiara en no realizar gastos en las misiones que los frailes, con insistencia, reclamaban querer fundar en las regiones de frontera. Se ha aducido igualmente que los terremotos que asolaron a la ciudad de Santiago de Guatemala en el año de 1717 tuvieron como consecuencia que todos los ingresos fiscales y los recursos de las arcas reales fueran invertidas en las reparaciones y limpieza de escombros de la ciudad semidestruida por los movimientos telúricos. Por ello no quedó dinero para invertir en las misiones de los frailes¹¹

En 1739 estalló la llamada "guerra de la oreja de Jenkins", entre España e Inglaterra. El desencadenamiento de las hostilidades en el mar Caribe, indujo a las autoridades de la Real Audiencia de Guatemala a favorecer nuevamente la penetración misional, con el fin de asegurar la soberanía de la Corona española frente a las crecientes pretensiones de los ingleses en el Caribe de Centroamérica y Panamá. La zona fronteriza entre las provincias de Costa Rica y Veragua en Panamá constituía ahora una región donde la Corona española trataría de afianzar su soberanía. Corría el peligro de que los ingleses, cada vez más activos en la región de Bocas del Toro, en el lado caribeño de la frontera, cruzaran la cordillera y logran implantar su dominio a ambos lados del istmo. De allí que la Corona y la Real Audiencia de Guatemala, finalmente, estuvieron dispuestos al pago del llamado "sínodo", que consistía en un salario para los frailes, el pago de una escolta de soldados y otros gastos comunes en las tareas de catequización en las zonas de frontera.

Boruca, Térraba y Cabagra

La ofensiva misional en el Pacífico Sur

En Costa Rica, la ofensiva misional apoyada por la Real Audiencia de Guatemala tuvo éxito en la región del Pacífico sur. Allí, desde fines del siglo diecisiete, la presencia hispánica había quedado restringida a dos pueblos de misión establecidos por los franciscanos observantes: Quepo y Boruca. El objetivo asignado por los españoles a ambos pueblos era el de suministrar auxilio a las recuas de mulas que, procedentes de Costa Rica, Nicaragua y Honduras, se trasladaban por vía terrestre hacia la ciudad de Panamá. El envío de miles de mulas desde Centroamérica hacia Panamá era un negocio que interesaba a la Corona, pues las mulas se empleaban en el traslado del tesoro real, producto de los impuestos, consistente en lingotes de plata que debían ser llevados desde la ciudad de Panamá, en la costa del Pacífico, hacia el puerto de Portobelo, en el Caribe, desde donde la flota española transportaba la preciada carga hacia España.

El llamado "camino de mulas" fue entonces vital en el interés que la Corona tuvo de apoyar los esfuerzos misioneros en la región del Pacífico sur de Costa Rica. Después de la rebelión indígena de Talamanca, en el año de 1709, y en la cual gran

número de indígenas se fugaron de los pueblos de reducción de Quepo y Boruca, los frailes se concentraron en el pueblo de Boruca. Sin embargo, con la nueva ofensiva misional de mediados del siglo dieciocho, los frailes lograron la fundación de nuevos pueblos de indígenas. Estos se aprovecharon de la situación de riesgo que enfrentaban los indígenas de ser capturados y llevados como esclavos por ingleses y mosquitos, quienes operaban con piraguas y balandras en las costas del Caribe de Centroamérica y Panamá, como lo advirtieron las autoridades españolas. Muchos indígenas cruzaron la Cordillera de Talamanca y buscaron refugio en los nuevos pueblos de misión fundados por la nueva oleada de evangelización franciscana.

A mediados del siglo dieciocho la situación en la región del Pacífico sur era como sigue: el pueblo de Quepo había desaparecido; se mantenía el pueblo de Boruca y se había reforzado y reubicado el pueblo de San Francisco de Térraba. Este pueblo casi había desaparecido, pues en 1741 solo contaba, de acuerdo con el testimonio de un fraile, con cinco casas y uno o dos ranchos. Sin embargo ya para el año de 1754, una vez que los frailes habían ingresado a la región con el apoyo de escoltas de soldados, los propios frailes informaban que se habían erigido 48 casas de paja y una iglesia de teja y que en el pueblo había unos 236 indígenas, en su mayor parte recién salidos de las montañas y procedentes del otro lado de la cordillera.

En 1744 los frailes lograron fundar un nuevo pueblo con indígenas procedentes del otro lado de la cordillera, a los que los frailes denominan como "terbis del norte". Nació así el pueblo de Nuestra Señora de la Luz de Cabagra, fundado en el año de 1744, el cual, según afirmaba el fraile Juan Nieto en 1754, contaba con unas 22 casas de paja y unos 60 indígenas ya que: "muchos indios que venían de la montaña a poblarse en los pueblos cristianos se volvieron otra vez a sus tierras, viendo que se habían suspendido dichas entradas (de soldados)". Este dato es interesante pues demuestra que los frailes lograban su propósito de reducción de indígenas en poblado siempre que estuviesen acompañados de escolta de soldados. El mismo fraile indica que los indígenas tenían cultivos de maíz, frijoles, yucas y plátano, y que cada uno contaba con su propio "hatillo de ganado". Luego de escrito este informe, los frailes lograrían traer más indígenas desde el otro lado de la cordillera, los cuales fueron instalados en ese pueblo.

El pueblo de Concepción de Boruca era el de mayor importancia en la región del Pacífico sur de Costa Rica. Había sido fundado desde el siglo diecisiete y contaba con unos 300 indígenas hacia 1741, junto con algunos habitantes ladinos. Allí los frailes habían erigido una iglesia de teja. El pueblo de Boruca era lugar obligado de descanso de las recuas de mulas, y numerosos indígenas de esta población eran enrolados como arrieros de las acémilas. Boruca era también importante pues los frailes controlaban la actividad del llamado "teñido de hilaturas", o teñido de hilo de algodón con el tinte de caracoles murex, existentes en los peñascos de las diversas puntas y ensenadas de las costas del Pacífico sur de Costa Rica.¹²

Las poblaciones indígenas que aceptaban ser concentradas en los nuevos pueblos que los frailes fundaban, tenían que realizar una rápida adaptación de sus propias concepciones religiosas a las que, al menos formalmente, imponían los religiosos. De esta forma, los santos del calendario católico venían ahora a sustituir a los anteriores personajes míticos tribales, los cuales pasaban a ser identificados con los santos y venerados como los patronos de las distintas etnias o grupos tribales concentrados en los pueblos de misión. Los indígenas también adoptaban de los frailes sus rituales. Como veremos, el bautizo cristiano fue copiado por los indígenas rebeldes, y los líderes religiosos indígenas con frecuencia se vestían con prendas sacerdotales

que habían obtenido en sus ataques a los pueblos de misión. En tal sentido, es evidente que los indígenas adoptaban tanto los ritos como los objetos de los cristianos en tanto les atribuían poderes. Apoderarse de éstos significaba apropiarse para sus fines de los símbolos del poder ideológico de los enemigos españoles.

Todas las poblaciones indígenas mantenían relaciones entre sí. La Cordillera de Talamanca no era obstáculo para la comunicación entre las poblaciones reducidas en pueblos de misión y las que habitaban en las regiones al margen del control español. Un informe elaborado por Fray Gabriel de la Torre, del año de 1682, da una buena imagen de las relaciones que mantenían los indígenas de Talamanca con los de Boruca. Según dicho fraile, los indígenas de Boruca intercambiaban con los indígenas de Talamanca herramientas, alimentos y puntas de flecha de hierro, que obtenían de los frailes. Tales productos los daban a cambio de: ropa “de su usanza, chaquiras y abalorios”, artículos que traían los talamancas desde los lugares que poblaban en los valles intermontanos de Talamanca.¹³

Este fraile también nos da indicaciones de la ubicación de las distintas etnias indígenas que habitaban el área sur de Costa Rica:

“La diferencia que hay de unas poblaciones a otras es el estar los Borucas en serranías de sabanas y montes y los Talamancas en montes llanos, cercanos al mar del Norte, y luego se encumbran las serranías altas que llaman los altos de Cabécara, que también tienen mucho número de indios; y seguido con ellos los indios Chánguinas caribes y algunos reducidos por la parte de Chiriquí, que es del reino de Tierra Firme.”

La nueva ofensiva misional, lanzada por los franciscanos en el sur de Costa Rica a partir de la década de 1740, se concentró en el traslado de indígenas desde la región del Caribe -donde los ingleses con asocio de los mosquitos imponían cada vez más su voluntad- hacia la región del Pacífico sur. Con el traslado de los indígenas y su concentración en poblados de reducción en territorios de la vertiente del Pacífico, los frailes pretendían no solo privar de mano de obra a los enemigos, sino igualmente desarrollar un núcleo de colonización orientado a la actividades marítimas que por esos años cobraba auge en el Pacífico.¹⁴ Cabe mencionar que en la segunda mitad del siglo dieciocho existía una actividad económica en torno al Golfo de Chiriquí y desde 1591 los españoles encomenderos de la región fundaron la ciudad de Santiago de Alanje.

Desde fines del siglo dieciséis, los franciscanos controlaron la cadena de pueblos de indios que se extendían en la vertiente del Pacífico, desde Nicaragua hasta el límite sur de Costa Rica. De la explotación de estos pueblos derivaban sus ganancias económicas. El pueblo de Boruca, cercano a la costa, se empleaba como punto de partida de canoas, propiedad de los frailes, con las cuales los indígenas navegaban hacia los peñascos donde se concentraban los moluscos tintóreos. También este pueblo era vital para el traslado de las mulas desde Nicaragua hacia Panamá. Boruca, como explicamos atrás, formaba parte de la vital red de pueblos que debían prestar asistencia a arrieros y mulas, que debían reponer fuerzas luego de recorrer grandes distancias, desde el interior de Costa Rica y otras partes de Centroamérica. Además, los frailes enviaban a los indígenas en canoas hacia Nicoya, una vez que eran avisados por los frailes de Granada del envío de mulas, las cuales iban bajo la dirección de arrieros de los pueblos de indios cercanos a esa ciudad. En Nicoya los arrieros indígenas de Boruca se hacían cargo de las mulas en la continuación del viaje de éstas por el interior de Costa Rica, en tanto los indígenas nicaragüenses regresaban a su tierra.

Al término de la década de 1750 los frailes franciscanos contaban con los pueblos de Boruca, Térraba y la Luz de Cabagra. Quizás constituían un máximo de 500 indígenas de reducción. El primero estaba bajo control de los franciscanos observantes, en tanto que los frailes franciscanos recoletos eran quienes llevaban a cabo la tarea evangelizadora de bautizar y tratar de congregar indígenas en los pueblos de Térraba y Cabagra. Como señalamos, estos indígenas procedían mayoritariamente de la región del Caribe y eran denominados por los misioneros teribes o terbis del norte. Sin embargo, ello no significa que dichos pueblos se integraran con indígenas de solo una etnia. Los frailes intentaban concentrar inclusive indígenas de etnias diferentes, asignándoles a cada grupo un lugar determinado o "barrio" dentro del pueblo, a la vez que se les colocaba bajo la advocación de un santo particular para cada grupo y hasta una ermita aparte era construida para los servicios religiosos de un grupo particular.

En Boruca, según un informe del año de 1682, grupos de indígenas cotos y abubaes habían sido congregados en este pueblo pero bajo la advocación de personajes religiosos diferentes para cada grupo indígena y lo mismo en cuanto a la agrupación de las casas. Así los abubaes según este informe, vivían en 22 casas cerca de la ermita del "arcángel San Miguel".¹⁵

La política de traslado forzoso de indígenas desde la vertiente del Caribe hacia la vertiente del Pacífico se reforzó durante la década de 1740. Al principio, los frailes intentaron convencer pacíficamente a los indígenas de la "mejor conveniencia" de su traslado hacia los pueblos de misión que fundaban. Pero, según el historiador Troy S. Floyd, desde 1743, la política de traslado de indígenas desde el Caribe hacia otras partes de Costa Rica había dejado de ser voluntaria.¹⁶

Este contexto de traslado forzoso de indígenas desde la región del Valle de la Estrella, Changuinola y otras zonas aledañas hacia la vertiente del Pacífico fue lo que indujo a los indígenas teribes del norte, a rebelarse contra los frailes. La rebelión se llevó a cabo durante la Semana Santa del año de 1761. Según los informes que se recabaron después de la sublevación, los 200 habitantes que supuestamente tenía dicho pueblo, huyeron en masa del poblado, en tanto que un grupo de "teribes del norte" en compañía de indígenas de Cabagra se dirigieron hacia el pueblo de San Francisco de Térraba con la intención de atacarlo.

Ataque, incendio y huida de los indígenas de Cabagra

Un número de indígenas del pueblo de Cabagra se encontraban en el interior de la iglesia, en celebración de la Semana Santa, cuando los indígenas sublevados atacaron con lanzas y flechas, matando a cuatro de los habitantes del pueblo. También lograron prender fuego al convento de los frailes y a la propia iglesia. Según los informes levantados para averiguar lo sucedido, los misioneros que se encontraban en Térraba lograron salvar sus vidas cuando uno de ellos logró hacer uso de una escopeta, con la que, haciendo fuego, logró contener y ahuyentar a los indígenas rebeldes. En la refriega perecieron seis de los atacantes. Aparentemente como consecuencia de esta rebelión huyeron también 31 indígenas del pueblo de San José de Orosi.¹⁷ En cambio, aunque el pueblo fue incendiado, sólo unos pocos de los 300 habitantes de Térraba, quienes hablaban castellano y por tanto se encontraban más integrados al modo de vida "españolizado", abandonaron el pueblo durante el ataque de los terbis.

En su rebelión contra los españoles, los indígenas recurrían a tácticas de guerrilla pues eran incapaces de enfrentarse a las columnas de soldados armados de fusiles y

sables. Para informarse de la situación de los españoles, los rebeldes disponían de toda una red de espionaje, lograda por medio de la complicidad de indígenas que vivían dentro de los pueblos ya reducidos al dominio español. Algunos se hacían pasar por "indios fieles", o bien aceptaban pacíficamente presentarse en los pueblos de reducción para, una vez adquirida información sobre la fuerza de los españoles, emprender la huida.

Según la documentación, los indígenas de Térraba perdieron sus herramientas de hierro, imprescindibles para el trabajo agrícola, pues les fueron robadas por los sublevados. Los misioneros de este pueblo solicitaron entonces que se les permitiese trasladar a los indígenas de Térraba, a un sitio más seguro, a la vez que pidieron que se les asignase una escolta de soldados para poder capturar los que se habían dado a la fuga, junto con algunos más. También solicitaron dos quintales de hierro y acero para fabricar nuevas herramientas y restituir las que se perdieron durante el ataque.¹⁸

Intentos en Cartago por organizar la represión

Una Junta de Real Hacienda fue convocada en Cartago con el fin de buscar el financiamiento necesario para reclutar cien soldados, tropa que saldría en persecución de los indígenas que participaron en el ataque a Térraba y que habían huido del pueblo de la Luz de Cabagra. La intención era enviar una tropa de mestizos, mulatos y españoles armados para que, en compañía de cincuenta indígenas auxiliares, entraran en las montañas y fueran a aprehender los que se habían fugado.

El fiscal de la Real Audiencia de Guatemala se opuso a las decisiones tomadas en Cartago, alegando que tal expedición sería inútil, pues en su opinión: (los indígenas) "ocultándose en lo intrincado de las montañas y pasándose a parajes más distantes de modo que se reducirá todo el proyecto [de dicha expedición] a andar a caza de indios como a conejos y al cabo podrán ser muy pocos los conquistados".¹⁹

Los frailes franciscanos que se encontraban en Cartago no desistieron de reanudar la labor de evangelización, a pesar de que no obtuvieron el financiamiento necesario para lo que buscaban, es decir, la continuación del programa de misiones en la región del Pacífico sur de Costa Rica. Necesitaban reclutar soldados que irían tras los indígenas para forzarlos a poblarse. En Cartago, los frailes lograron que, al menos, se les costeara el mantenimiento de una escolta militar de ocho soldados. Con el acompañamiento de estos pocos soldados decidieron ingresar en las montañas, llevando igualmente indígenas de los pueblos de reducción que les eran fieles.²⁰

Según un informe del Guardián del Colegio de la Orden de San Francisco de Propaganda Fide en Guatemala, los frailes lograron congregarse más de cien indígenas, quienes salieron de las montañas y aceptaron de nuevo ser congregados en pueblos. Pero esta vez los indígenas fueron llevados a otros alejados territorios del país, a gran distancia de sus lugares originales de habitación.

La situación para los indígenas era desesperada, pues en la costa del Caribe sufrían la presión creciente de las expediciones esclavistas, organizadas por los mosquitos con el apoyo de los ingleses. Estos últimos habían establecido diversas actividades económicas en varios puntos de la Costa mosquitia, como corta de maderas, siembra de caña de azúcar, y en todas ellas se requería de mano de obra servil. Así los indígenas, que los ingleses antes trasladaban hacia Jamaica como mano de obra esclava para las plantaciones azucareras, ahora eran llevados hacia a las explotaciones madereras y azucareras que mantenían en esta región del Caribe de Nicaragua.

La presión anterior, unida a la presencia de los ocho soldados que los frailes consiguieron les pagara la Real Hacienda, así como la amenaza que se les hizo de que serían invadidos y sacados por la fuerza, consiguieron que los indígenas aceptaran ser llevados al pueblo de San Francisco de Térraba. Algunos de ellos fueron posteriormente separados en varios grupos y enviados hacia el interior del país. Primero a Tres Ríos, aunque más tarde, en el curso del año de 1762 se les trasladó hacia la región del Pacífico central, a "... un paraje llamado Garabito" con quienes se fundó el pueblo de Nuestra Señora de Garabito. El objetivo buscado era que, como mano de obra servil, sirvieran en el abastecimiento de los habitantes de la ciudad de Esparza, tal como se indica en un documento: "los vecinos de la ciudad de Esparza, por hallarse inmediato este pueblo, gozan (...) del benefico de sus cosechas..."²¹ También es probable que estos indígenas hayan sido empleados para los trabajos de carga y descarga en el puerto de Puntarenas, el cual a partir de esos años empezó a tener bastante actividad, por ser la principal vía de exportación de tabaco hacia Nicaragua.

El pueblo de Nuestra Señora de Garabito no se mantuvo mucho tiempo y no sabemos que ocurrió con su población. El fraile Francisco de Paula Soto, quien escribe un informe en 1783 dice que: "en el día (de hoy) sólo se ven algunas pocas casas y muchos vestigios de las dos poblaciones" (la antigua Aranjuez y el pueblo de Garabito). Indica también que los pocos indios que allí había "por Real determinación se agregaron al pueblo de indios de Tres Ríos".²²

Los misioneros iniciaron gestiones con el fin de trasladar también el pueblo de Térraba, pues temían que sus pobladores huyeran o fueran atacados por indígenas insumisos vecinos. Tal situación se volvía más apremiante, pues inclusive los pocos soldados que allí había se retiraron por falta de pago. Los frailes pretendían trasladar a los indígenas de Térraba hacia la jurisdicción de Esparza. El fiscal de la Audiencia de Guatemala se opuso a tal traslado, recomendando que se organizara otra expedición armada con el fin de enviarla a la "pacificación" de Talamanca, sugiriendo que esta vez se enviase una poderosa tropa. El gobernador de Costa Rica consideró que se necesitaría una fuerza de al menos 150 soldados, lo que significaba una gran erogación de recursos, los cuales no existían en Cartago, por lo que las cosas quedaron como estaban²³

Dos frailes se ofrecieron entonces a ir a Talamanca sin acompañamiento de soldados, para intentar traer a algunos de los indígenas de Cabagra que habían huído hacia las montañas. Ambos frailes se trasladaron al pueblo de San Francisco de Térraba. Entonces se unieron a otros tres misioneros que allí se encontraban y luego emprendieron la marcha hacia las montañas. Según la documentación, el primer contacto con los indígenas de Talamanca se lleva a cabo con un grupo que los frailes denominan con el nombre de "conzones". Al llegar a una de las rancharías en la montaña, un grupo de indígenas les salió al paso y –según lo escriben los propios frailes- éstos dijeron:

"...(que) si querían entrar en la montaña sólo había de ser para cambalachar y de ninguna manera se propasen a inducir a ningún indio ni india, ni adulto ni adulta, ni chico ni grande a que saliese; y así, que entrasen soldados, que hacía tiempo los aguardaban, y que agradeciesen la enemistad que tenían con los chánguenes con quienes estaban divertidos, que si no irían a destruir el pueblo de San Francisco [de Térraba]".²⁴

Se evidencia así que los empeños de los frailes por someter a los indígenas fueron vanos en esos años de fines de la dominación colonial española. El llamado

“modelo político de las misiones” no logró avanzar más de lo logrado desde mediados del siglo dieciocho: Boruca y Térraba.

La inestabilidad en la región de la frontera sur de Costa Rica se mantuvo hasta los años finales de la dominación hispánica. En 1815, fray Apolinar Moreno, se internó en la montaña, a partir de Térraba, con el fin de sacar a dos indígenas cristianos que habían escapado hacia los territorios de los indígenas insumisos, y a la vez atraerse otros indígenas infieles. Algunos indígenas de la parcialidad surchís le salieron al paso, dándole de palos y quitándole lo que llevaba como obsequio y para trato con los demás indígenas. Como consecuencia, el gobernador de Costa Rica, Juan de Dios Ayala, envió 25 fusiles y pertrechos al pueblo de Térraba, ordenando también que en dicho pueblo se pusiese guardia en la iglesia y convento, “para evitar alguna sorpresa que intenten hacer los indios infieles...”²⁵

A manera de conclusión planteamos que, en la región del Pacífico sur de Costa Rica, al término del período colonial, los frailes franciscanos no habían logrado ningún avance sustancial desde que ocurrió la rebelión y huida de los indígenas del pueblo de Cabagra en 1761. Algunos indígenas fueron sacados de las montañas y llevados a otras partes de país. En particular, al pueblo de Térraba y al de Garabito, en la zona del Pacífico central, cerca de Esparza y Puntarenas. Por otro lado, a diferencia de la situación que a continuación analizaremos, el territorio del Pacífico sur no atrajo a los colonos neohispanos y mestizos asentados en el interior del país. La población del Valle Central de Costa Rica era tan escasa, que para ésta, eran suficientes las ricas tierras fértiles del interior del país.

Bugaba, jurisdicción de Alanje en la provincia de Veragua

Los franciscanos recoletos en Panamá

Hasta el año 1765, los frailes franciscanos recoletos del Colegio de Cristo Crucificado de Guatemala, tenían a las poblaciones indígenas de Talamanca como límite meridional de sus misiones, ya que los indígenas que se encontraban en los territorios de Chiriquí y Veragua, dependientes en lo civil de la Audiencia de Panamá, habían sido encargados a los frailes misioneros de la Orden de la Compañía de Jesús (jesuitas). No obstante, desde el año de 1738 los franciscanos habían tratado de obtener permiso de las autoridades coloniales para poder extender la evangelización más allá de los límites jurisdiccionales de la Audiencia de Guatemala. Al principio toparon con la tenaz oposición de la orden de los jesuitas, hasta que finalmente obtuvieron el apoyo del propio gobernador de la provincia de Veragua quien logró la aprobación por parte del Virrey de la Nueva Granada, el 14 de enero de 1765.²⁶

Obtenida la aprobación, dos frailes franciscanos, quienes en ese momento se encontraban en Talamanca, pusieron rumbo hacia Veragua ingresando al territorio de esta jurisdicción el 29 de marzo de 1766.²⁷ Poco tiempo después se les unieron tres frailes más. Por medio de una Real Cédula, del 8 de julio de 1770, la Corona aprueba y confirma el envío de una asignación o envío de dinero que el Virrey de la Nueva Granada hizo al Colegio de Cristo Crucificado de la Orden de San Francisco, en Guatemala. Con este dinero se financiaría la catequización y sujeción de las tribus infieles de las cuatro tribus de los chánguenes, doraces, dolegas y guaymies, los cuales se indica “viven bajo la jurisdicción del gobierno de Santiago de Veragua, limitando con las Misiones de Talamanca”²⁸

Con el apoyo del gobernador de Veragua, los frailes congregaron dos poblaciones: Nuestra Señora de los Ángeles de Gualaca y San Francisco de Dolega; con una población de casi 300 indígenas cada uno. Tal como lo señalaba la Real Cédula mencionada, a cada uno de los religiosos se les asignó la suma de doscientos pesos para su mantenimiento y vestido y ciento treinta y dos pesos para el vino, las velas y las hostias que se empleaban en la celebración de las misas. Igualmente se les daba un equipo que incluía un altar portátil, una campana y una vasija para el santo óleo o aceite, así como para otras cosas que se requerían y era costumbre dar para cada una de las iglesias de misión.²⁹

Para 1771, los frailes habían fundado ya dos pueblos más: San Antonio de Guaymí y San Buenaventura de las Palmas. Durante esos años, los frailes franciscanos tuvieron que soportar la crítica de los sacerdotes seculares de Santiago de Veragua, quienes afirmaban que éstos imponían severos castigos, muertes, robos y otros muchos excesos a los indígenas. Pero los franciscanos contaban con el apoyo del gobernador, quien logró que las Cajas Reales pagaran a los misioneros para que continuaran en su tarea de sacar indígenas de las montañas y congregarlos en pueblos. Algunos particulares acaudalados también otorgaron parte de sus fortunas para continuar la fundación de pueblos de misión.

La región de Chiriquí

El relieve de la región que se configura desde las estribaciones meridionales del Volcán Chiriquí y Serranía de Tabasará, hasta la costa del Golfo de Chiriquí, se caracteriza por la existencia de tierras bajas muy hidratadas por diversos ríos de cierto caudal y riachuelos o quebradas. Aquí las tierras aluviales de abundantes pastos y vegetación gramínea, favorecieron el desarrollo de una economía agraria, tanto ganadera como agrícola.³⁰ Derivados del ganado como quesos, sebo (para fabricación de velas) y otros productos agrícolas, eran exportados hacia Panamá por medio de los puertos que había en la zona y los cuales también disponían de ricos depósitos de maderas de gran calidad y codiciadas en Panamá para la construcción de edificaciones religiosas y particulares e igualmente para la construcción de barcos. En un informe del siglo diecisiete se afirma que en la región se habían construido “algunos grandes barcos y muchas fragatas”, y que la madera también se enviaba hacia Panamá y el Perú.³¹

En los siglos dieciséis y diecisiete, la región, también había atraído a pobladores en procura de metales preciosos. Pero las vetas se agotaron pronto, y los centros de población que se formaron por la minería fueron como “estrellas fugaces”: Una febril actividad se mantuvo en tanto se extrajeron recursos de la minería. Pero tales centros de población desaparecieron tan pronto las riquezas se agotaron.³² Sólo se mantuvieron unos pocos pobladores que habían recibido encomiendas de indígenas en el siglo dieciséis.

En un reporte, firmado por el obispo de Panamá en la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios, el primero de marzo de 1620 se da una descripción de esta ciudad y la de Santiago de Alanje, puntos extremos en el avance colonial hispánico desde la ciudad de Panamá. En cuanto a la primera se indica que ésta tenía en frente y opuesta a ella, mirando hacia las montañas de la Mar del Norte (el Caribe), a “los ateos y hostiles” indígenas llamados Guaymíes y otras tribus en ese vecindario, los cuales se calculaba podrían ascender a tres mil personas. Por otro lado, en cuanto a

españoles, señalaba que había cerca de cuarenta en las vecindades de la ciudad, los cuales se encontraban instalados cerca de dos pueblos indígenas de reducción. Sin embargo, en opinión del obispo, el número de españoles era muy escaso como para utilizarlos con el fin de entrar a la montaña y sacar de allí a los indígenas que ocupaban tales territorios, para obligarlos a poblarse en nuevos pueblos de reducción.

El obispo dice, en 1620, que Santiago de Alanje se localizaba en dirección de Costa Rica siguiendo a lo largo de la costa de la Mar del Sur, a partir de la ciudad y puerto de los Remedios. La describe como un asentamiento con solo veinte residentes españoles y con dos pueblos indígenas de reducción en sus alrededores (no se mencionan). Indica que en la región se habían construido barcos grandes y muchas fragatas y que tanto Panamá como el Perú se habían abastecido con madera de ambos lugares.

Un documento que data de un siglo más tarde, del año de 1746, dice que Alanje constituía una población que: "se compone de una iglesia cubierta de teja con otras cincuenta casas, las ocho con paredillas de barro, y los demás bujíos (sic.), gran parte vacíos porque los vecinos solo los días festivos y en tiempo de misión acuden a la ciudad".³³

La comparación de ambos testimonios muestra que, en el transcurso de un siglo y cuarto, la ciudad de Alanje no había experimentado ningún desarrollo. En el segundo testimonio, sin embargo, se hace evidente que sí hay una población de sujetos que se encuentran dispersos en los campos circunvecinos a dicha villa.

Frente a Alanje y en dirección hacia la región del Caribe se encontraban las montañas que albergaban a los grupos indígenas que se denominan también como "ateos y hostiles" de: doraces, suries, saribas, querebalos, dolegas y sagiras, los cuales, dice, se encontraban dispersos en un territorio de treinta leguas, constituyendo una población de alrededor de tres mil indígenas en 1620, pero que se habrían reducido en años posteriores. Se informaba que los doraces hacían la guerra a todos los pueblos que le eran fronterizos, incluyendo a los guaymíes sus acérrimos enemigos.

El obispo informa que en el año de 1601 un grupo de españoles había ingresado en las montañas cercanas a Alanje con el fin de tratar de convencer a los indígenas de que debían dar obediencia al Rey, pero fueron atacados y murieron doce españoles así como veinte indígenas "amigos", es decir de pueblos de reducción. Por ello, el obispo recomendaba el uso de una fuerza armada para que en compañía de frailes hiciera el ingreso a la montañas. El obispo subraya —en 1620— la importancia de emplear la amenaza de muerte con el fin de lograr la sumisión de los indígenas. Aquellos que intentaran hacer resistencia al dominio español afirmaba que debía de ejecutárseles sin contemplaciones y como ejemplo a los demás. Por último, afirma la necesidad de que una fuerza armada debía ingresar en territorio de los indígenas y proceder a conquistar, reducir a obediencia y asentar a los indígenas en pueblos de reducción para que de este modo se consiguiera "el fin buscado de sujetarlos a la fe y a la obediencia"³⁴

Otro informe de un posterior obispo de Panamá, don Diego Ladrón de Guevara, que data de 1691, hace referencia a la existencia, en la jurisdicción de la ciudad de Santiago de Alanje, de los pueblos de indios "San José de Bugaba, San Pedro, San Pablo y San Pedro Nolasco". Pero es probable que tales pueblos desaparecieran o fueran secularizados y por ello separados de la jurisdicción de los frailes regulares (jesuitas, mercedarios, dominicos).

En la década de 1740, según la descripción del fraile jesuita Pablo Maroni se mencionan los tres pueblos de indios cercanos a la ciudad de Alanje: "...tres pueblos de indios muy cortos con sus curas, los dos clérigos y el uno religioso mercedario".

Los pueblos a los que hace referencia son los de Boquerón, al que le atribuye “treinta indios de lanza”, pero que entre chicos y grandes “apenas llegan a ciento cincuenta almas”.³⁵ De inmediato señala que Bugaba tiene poco “poco más de ochenta almas”, en tanto que el pueblo de San Pablo contaría con solo diez o doce indígenas y estaba a cargo del fraile mercedario.

El pueblo de Boquerón logró incrementar su población en los años en que el jesuita Maroni escribe su informe. Según transcribe, todos los indígenas de la región de la costa del Caribe se habían visto fuertemente presionados por los ataques de los mosquitos, a quienes consideraban sus “enemigos acérrimos”. Por esos años, destaca la acción misional del sacerdote Juan de Artunduaga, cura de dicho pueblo, quien logró “con su celo y eficacia”, la reducción de más de 150 personas grandes y pequeñas. Poco más tarde, según Maroni, “el capitán don Jacinto Lozada ha sacado otros 113 que unos y otros han recibido agua del bautismo”.³⁶

La ofensiva misional de los recoletos

Los frailes franciscanos recoletos tuvieron que reiniciar la tarea de formar nuevos pueblos de indios, lo que lograron gracias al apoyo financiero que el gobernador de Santiago de Veragua consiguió luego de interceder ante el Virrey de la Nueva Granada y éste ante el Rey. Al término de la década de 1770 los frailes habían congregado un considerable número de indígenas en un sitio conocido como el “potrero de Bugaba”, al que dieron el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe de Bugaba.

No sabemos si este pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de Bugaba se instaló en el mismo sitio donde estaba el pueblo de “ochenta almas”, al que hace referencia el jesuita Maroni en 1747. En todo caso, según el informe del jesuita, en el tiempo en el cual escribe su informe, menciona cómo recientemente el jefe provincial de Quito había financiado a un misionero para que ingresara a partir de Bugaba hacia las montañas en busca de indígenas. Probablemente los ochenta indígenas recién reducidos, procedieran de las acciones llevadas a cabo por dicho misionero.

En cuanto al pueblo de Bugaba, que refundan los franciscanos recoletos a fines de la década de 1770, contaba con 200 indígenas en dicho año, los cuales se indica que recién “se sacaron de la montaña”. Perteneían a la llamada nación de los chánguenas, (también conocidos como chánguinas) según un documento del año de 1779³⁷. Este pueblo tuvo su primer libro de bautizos en 1777.³⁸ No obstante, el historiador Manuel María de Peralta destaca que un pueblo, San José Bugaba, había sido fundado muchos años antes, y que supuestamente, en 1760 contaba con 48 indígenas, de los cuales solo cuatro pagaban tributo.³⁹ Por estos años también se fundó el pueblo de Jesús de las Maravillas con indígenas chánguenas.⁴⁰

Los chánguenas o chánguinas eran reputados como uno de los grupos más importantes numéricamente y a la vez fieros en la defensa de su independencia. Según el informe del jesuita Maroni, de 1747, la que denomina nación Chánguena dice que es la más numerosa y que “se compone de cuarenta a cincuenta palenques cada uno con 150 hombres cuando menos.”⁴¹ Agregaba que las demás naciones sumarían unas mil almas, éstas eran “los Chánguinas, Dorasques, Dolega, Robalos y otros que viven aún en las vecinas montañas, que miran al norte, principalmente en las cabecezas del río que llaman Chiriquí el Viejo”⁴²

En un mapa de la actual provincia de Chiriquí, en Panamá, podemos situar los pueblos de reducción franciscana, de oeste a este entre los ríos Chiriquí Viejo y

Chiriquí, en el siguiente orden: Bugaba (el más cercano a Santiago de Alanje), Dolega y Gualaca. El objetivo, al fundarse estos pueblos era el de que no solo sirvieran a los trenes muleros que se desplazaban desde Centroamérica hacia Panamá, sino también para tratar de integrarlos al espacio económico que se desarrollaba en dichos años en torno al Golfo de Chiriquí. Por tal razón los panameños trataron de que se fundara un nuevo Colegio de Propaganda Fide en la propia ciudad de Panamá, pero se requería de dinero para reparar el viejo convento franciscano de Panamá y la Corona no estuvo dispuesta a invertir en más gastos que el pago de salarios a los frailes.

En 1785, el fraile presidente de las misiones de los recoletos en Veragua realizó el inventario de los bienes pertenecientes a los pueblos de misión. Un resumen del mismo es presentado por Pedro Pérez Valenzuela en la obra, *Los recoletos: apuntes para la historia de las misiones en América Central*. Con esta información presentamos las principales características de los pueblos de misión a mediados de la década de 1780⁴³

El pueblo de San Buenaventura de las Palmas, de nación guaymí disponía de una iglesia "de tres naves, toda forrada de cedro con buenos altares tallados y varias imágenes". A su lado había lo que se denomina como "dos conventos, con sala y dos celdas cada uno". Los frailes disponían de un "gallinero con muchas gallinas" y contaba con un hato de 382 cabezas de ganado vacuno, 9 caballos, 3 yeguas, 2 sementales y 3 potros. También había buen número de cerdos. Disponía también este pueblo de "un trapiche para tres quintales, ... fragua de herrería donde se hacían hachas, azadas y machetes". Los indígenas tenían, a la orilla de un río, "arrozales y maizales para alimento de la población". El pueblo contaba con 415 personas en la década de 1780.⁴⁴ Un viajero que pasó por allí en 1779 decía que disponía de "iglesia y convento de teja..."; añadía que sus habitantes "indios son muy ladinos". Con ello quería decir que los indígenas se encontraban culturalmente españolizados.

El pueblo de San José de Tolé, alias Rafael, era uno de los pueblos de reducción, de dimensiones más modestas que el anterior. Tenía iglesia de tres naves con paredes de barro y altares sencillos. Disponía de un hato de 106 cabezas de ganado vacuno, 12 caballos y 35 cerdos. Una cofradía, de la Virgen del Prado, poseía 65 reses vacunas y 56 caballos. Entre sus cultivos se mencionan sembreras de maíz y plataneros. Sumaban 337 indígenas que vivían en 50 ranchos.

Seguía el pueblo de San Antonio de Guaymí, con indígenas también "bien ladinos", aunque sobre dicho pueblo, el estudio de Pérez Valenzuela no brinda datos. En seguida se encontraba el pueblo de Nuestra Señora de los Ángeles de Gualaca, que poseía un importante hato ganadero de 600 cabezas. Disponía de una "iglesia humilde" y contaba con 102 habitantes. Se encontraba, al igual que Dolega, hacia el este del río Chiriquí Viejo.⁴⁵

El pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de Bugaba contaba con un hato ganadero de 80 reses y una iglesia de tres naves, aunque humilde. Para la década de 1780 se calculaba en 137 personas el número de sus habitantes. Los frailes habían establecido un amplio rancho en el que pusieron a las indígenas a trabajar en telares bajo la dirección del misionero.⁴⁶ Aunque carecemos de información respecto al trato recibido por las indígenas en los telares, sabemos que en otras partes de Hispanoamérica colonial, era común que las mujeres que trabajaban en las tejedurías de textiles fueran encerradas por largos períodos, con el fin de forzar el trabajo e impedir que intentaran incumplir las exigencias impuestas por los frailes.

En general, los franciscanos recoletos mantenían un sistema de castigos contra los indígenas, el cual incluía penas corporales, tales como el uso de azotes contra

los indígenas afincados en los pueblos de misión, a quienes los frailes calificaban de "indios sediciosos y tumultarios".⁴⁷

La resistencia indígena

El programa de fundación de los frailes recoletos, en la provincia panameña de Veragua, parecía haberse iniciado con gran éxito para los misioneros. Pero los frailes eran conscientes de que los indígenas en cualquier momento podían tratar de regresar a su anterior modo de vida. Así lo expresó un fraile que escribió en esos años:

*"...tarde o nunca olvidarán su origen, principios y máximas, teniendo a la vista su patrio suelo, cuya inmediatez los combina (sic) a volverse a él como lo han hecho muchos Que esta facilidad, y la natural inclinación a sus padres y parientes que tiene todo hombre, les puede sugerir el negro designio de asesinar a los religiosos bajo cualquier furor o pretexto, y profugar a los pueblos de su nacimiento, como ya ha sucedido en esta y otras provincias del Reyno"*⁴⁸

La cercanía de las montañas hacia las cuales se podía huir con relativa facilidad desde los pueblos recién convertidos ponía en peligro la existencia de las propias misiones, pero, por otro lado, esta cercanía tenía también sus ventajas como los mismos frailes lo expresaban:

*"en los pueblos cercanos a la montaña se proporcionan más las entradas de los infieles, y se consigue mejor su reducción; (...) allí son más frecuentes las entradas de los misioneros a las montañas, y más frecuentes también las reducciones de los gentiles."*⁴⁹

El ataque de los chánguenas y la destrucción del pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de Bugaba, en 1787, pondría en evidencia que el temor de los frailes estaba justificado. Este ataque causó el abandono e incendio del pueblo de Bugaba por sus habitantes, asociados con los indígenas chánguenas de las montañas vecinas. Los indígenas no solo se rebelaron contra el cura reductor, sino que, según lo sospecharon los españoles, intentaron atacar otros pueblos de reducción y quizás hasta el pequeño número de residentes españoles de la ciudad de Santiago de Alanje.

El día 21 de junio del año de 1787 se produjo el incendio y fuga de los indígenas de Bugaba. Luego de matar a tres indígenas, dejar a otros heridos, y destruir el pueblo, sus habitantes abandonaron en masa el lugar. En las averiguaciones llevadas a cabo por las autoridades españolas, algunos adujeron que había sido consecuencia del mal trato que recibían los indígenas por parte de individuos mestizos y "blancos", quienes se habían instalado en la vecindad de los pueblos indígenas.

Los datos de los que disponemos respecto de esta rebelión proceden del gobernador de la provincia de Veragua y parte de un diario-testimonio del teniente de gobernador de la ciudad de Santiago de Alanje, Juan Domínguez de la Escoba. Es por ello una visión sesgada, que emana de una autoridad colonial. Esta autoridad se interesa principalmente en destacar lo bien que se organizó la represión; también exagera la amenaza que representaba una comunidad indígena que se había visto forzada a rebelarse como consecuencia de las presiones sufridas a manos de los frailes y de los habitantes mestizos, mulatos y españoles que habitaban en los parajes aledaños a su pueblo y en los linderos de la jurisdicción de Santiago de Alanje.

La sublevación de los indígenas aparentemente fue la acción combinada de indígenas habitantes de las serranías de la cordillera, con los que habían sido congregados por los frailes en el pueblo de Nuestra Señora de Guadalupe de Bugaba. Según las palabras de las autoridades coloniales, estos indígenas cometieron "ignominiosas muertes, incendios y sacrílegas ejecuciones".⁵⁰ Se puede inferir que el pueblo de Bugaba fue incendiado y que los rebeldes dieron muerte a algunos de los indígenas que trabajaban para los frailes. Sabemos también que los atacantes profanaron, y, posiblemente, robaron los ornamentos religiosos de la iglesia.

La organización de las represalias españolas

Tan pronto el gobernador de Veragua tuvo noticia de la rebelión, avisado por el teniente de gobernador destacado en Santiago de Alanje, procedió a convocar a la milicia y a su capitán, junto con 100 hombres de armas acompañados de indígenas dorasques, a los que denomina como "tan fieles y enemigos de la nación de aquellos", (es decir enemigos de los chánguenas). La prontitud con que trató de responder la autoridad colonial, era consecuencia de lo conscientes que estaban los españoles de la necesidad de actuar con rapidez pues, de lo contrario, los indígenas en fuga serían capaces de alcanzar los llamados palenques, situados al otro lado de la cordillera. Tales parajes, como lo señalan las autoridades coloniales, se encontraban ubicados a 20 días de penosas jornadas de marcha. De allí la necesidad de lanzar una tropa de inmediato, con el fin de capturar a los indígenas huidos que se desplazaban con mujeres, niños y ancianos. El gobernador despachó entonces una primera tropa y procedió a reunir más víveres y pertrechos de guerra a fin de salir a la cabeza de otro grupo de hombres armados.

La situación fue considerada grave por el gobernador dada la escasez de recursos para organizar la persecución de los indígenas rebeldes. Por ello, se vio obligado a recurrir personalmente a los vecinos de la ciudad de Santiago de Veragua, para que contribuyeran en el aprovisionamiento de la tropa. De esta forma reunió mil pesos. También solicitó ayuda al Comandante General de Panamá, a quien con urgencia envió un correo, en que lo urgía a que "disponga enviar lo necesario". Los integrantes del Cabildo, a su vez, financiaron las bestias de carga para el transporte de los víveres que requirieron los expedicionarios.

El gobernador de Veragua partió poco después con rumbo hacia la ciudad de Alanje con el fin de auxiliar a la tropa enviada previamente. Sin embargo, enfrentaba la dificultad de disponer de poca pólvora y pocos cartuchos de fusil. El gobernador temía que los indígenas chánguenas pudieran atacar la pequeña población de Santiago de Alanje y el pueblo vecino de Boquerón. El gobernador afirmaba que los "inhumanos y enemigos (los indígenas) amenazaban incendiar...la dicha ciudad de Alanje y demás poblaciones inmediatas con sacrificio de sus moradores".⁵¹ Adicionalmente, los vecinos de Alanje, quienes dependían para su alimentación de plátanos obtenidos de plantíos situados en los terrenos aledaños a la ciudad, se encontraban ahora imposibilitados de recurrir a tal alimento pues corrían el riesgo de ser atacados por los indígenas. Esta era una situación que ya se había presentado en otras ocasiones.

La rebelión de los bugaba muestra la precariedad de la región de frontera constituida por el territorio de la jurisdicción de la ciudad de Santiago de Alanje. Los colonos procedentes del ecúmene hispánico panameño constituían el punto extremo de la colonización en dirección noroeste desde Panamá. En 1779-80 un militar español, quien recorrió este camino y escribió un diario de su viaje desde Nicaragua hacia

Panamá, señaló la mayor "ladinización" de los pueblos de indios más cercanos a la ciudad de Panamá, el principal foco de irradiación cultural hispánico. Por el contrario, Alanje y el *hinterland* del Golfo de Chiriquí, aunque habían conocido diversos y efímeros ciclos de actividad económica (astilleros, minería), tenían un desarrollo agro-ganadero que apenas empezaba, y de allí su vinculación más débil al centro económico de la ciudad de Panamá, punto con el que había comunicación principalmente vía marítima.

No obstante lo anterior, la presencia tanto de los frailes de los pueblos de reducción como de autoridades civiles y militares, y los regimientos de soldados milicianos de la ciudad de Santiago de Veragua, cabecera de la provincia, garantizaban el mínimo de poder necesario para el predominio de los colonos hispanos sobre los indígenas, aunque ello no impidió que los indígenas trataran de rebelarse con cierta periodicidad.

Las rebeliones indígenas quebraban el esquema de dominio hispánico. Sin embargo, el poder colonial estaba bien organizado gracias al sistema de las milicias.⁵² Tal como lo explicó el historiador guatemalteco Severo Martínez Peláez, las milicias, compuestas al principio por españoles y castas mestizas, más tarde se nutrieron de las llamadas "compañías pardas", es decir, fueron integradas con mulatos libres, quienes llegaron a ser predominantes en esta estructura militar en el período borbónico. Estas milicias tenían a cargo tanto la defensa contra el enemigo externo, que amenazaba las costas, como la defensa interna: reprimir la población indígena que intentaba sustraerse de la explotación colonial. En este sentido, la milicia constituía el brazo ejecutor de la represión colonial contra la revuelta social.

El poder del ejército colonial se fortaleció en el transcurso del siglo dieciocho, con las llamadas Reformas Borbónicas, al dar énfasis al nombramiento de militares en los puestos de gobierno colonial en Hispanoamérica. Por otro lado el servicio en las milicias constituyó un mecanismo de integración para mestizos y mulatos. También en la segunda mitad del siglo dieciocho se incrementaron las acciones militares contra los indígenas rebeldes en las zonas de frontera de Nueva España. Todo lo anterior explica la respuesta relativamente eficaz de la represión militar contra los indígenas que huyeron del pueblo de Bugaba.

A pesar de lo anterior, conviene señalar que, cuando se trató de convocar a los habitantes dispersos en los parajes aledaños a Alanje, muchos de ellos no respondieron con la rapidez esperada.⁵³ Lo que sí parece haber funcionado bien fue la forma en que cooperaron el cabildo y los vecinos de la ciudad cabecera de Veragua. El gobernador español envió primero a dos espías, con el fin de que siguieran el rastro de los indígenas que habían escapado. Estos encontraron a una indígena en medio de un bosque, la cual les informó que los sublevados se encontraban haciendo acopio de grandes cantidades de chicha, lo que fue interpretado por los españoles como una preparación para realizar una celebración en la cual se decretaría el ataque de los indígenas a los poblados y haciendas de españoles.

Mientras se encontraba en la ciudad de Alanje, el gobernador recibió una misiva del padre reductor del pueblo vecino de Boquerón. Este le informaba que aunque los indígenas de su pueblo se encontraban en estado de "quietud", desconfiaba de ellos, pues decía que eran "gente tan inconstante" y poseídos de lo que llama "pasión dominante de venganza".⁵⁴ Por tal razón, solicitaba que de inmediato se le enviara una escolta de 25 hombres armados.

Recibida la información que trajeron los espías de la supuesta ubicación de los indígenas en un bosque, envió el gobernador una tropa en su persecución, pero estos

no pudieron dar con el paradero de los indígenas huidos. Más bien, poco después se recibió la noticia en Santiago de Alanje de que un grupo de los indígenas fugados habían caído por sorpresa sobre "unos vecinos y conocidos suyos de su pueblo, hombres blancos y con la mayor inhumanidad quitaron la vida a dos de ellos, malhiriendo a otro que escapó milagrosamente".⁵⁵ Algunos datos escuetos, suministrados por el gobernador, permiten deducir que en la región donde los indígenas habían sido congregados por los frailes, también se encontraban asentados diversos colonizadores españoles.

Es probable que los foráneos situados en las cercanías de pueblos de indios, tal como los que se instalaban en las cercanías de los pueblos de misión en otras regiones de frontera en Hispanoamérica colonial, se confabularan con los frailes con el fin de que estos les suministraran la mano de obra indígena tan necesaria para sus actividades ganaderas, agrícolas y para el transporte.

De la lectura de los documentos se deduce que los indígenas, una vez internados en las espesuras del bosque tropical de las serranías de la cordillera, tenían mayor control de la situación. Los españoles se perdían y solo podían escucharles cuando, desde partes altas de la montaña, a grandes voces, los indígenas les gritaban: "matar blancos, matar padres, quemar pueblo".⁵⁶ Según el propio gobernador, los indígenas de Bugaba habían logrado preparar la fuga de todos los habitantes del pueblo de Guadalupe, así como el dar muerte a los indígenas partidarios de los frailes sin que éstos hubiesen podido detectarlo. La tarea inmediata del gobernador fue la de organizar con rapidez la búsqueda y captura de los fugados.

Los españoles, con la ayuda de guías o baqueanos indígenas de otros pueblos de reducción, lograron determinar el paraje del bosque en donde se habían concentrado los huidos. El gobernador dio órdenes para que de inmediato una tropa les tendiera una emboscada para capturarlos. Este recomendaba que: "acudiendo mañosamente la partida (de soldados españoles) que estaba oculta se lograra el cojerlos a todos y asegurar los delincuentes y cabezas de motín (y) se restituyesen a su pueblo, al trabajo en que antes estaban empleados..."

Según lo escribiera el teniente de gobernador Juan Domínguez de la Escoba, el día 20 de agosto de 1787 llegó la tropa al palenque donde se encontraban los indígenas que denomina como "incendiarios". Estaban acompañados, por lo que dice son "dos caciques chiribúes, con toda su gente". Es decir, indígenas habitantes del otro lado de la cordillera o de las serranías, quienes "habían bajado del Norte a la celebración". Estos invitados eran parientes de los que vivían en los pueblos de reducción establecidos por los frailes en la vertiente del Pacífico. La ceremonia de bautizo era llevada a cabo por un indígena vestido de sacerdote y con un ornamento de los que se habían llevado de la iglesia de Bugaba. Al son de tres tambores los indígenas bailaban; eran cerca de las tres de la tarde. Los españoles observaron que el palenque había sido fortificado con una doble estacada, pero ello no les impidió intentar el asalto.⁵⁷

Los soldados españoles y los indígenas auxiliares tuvieron que emprender el ascenso de una estrecha cuesta, única vía de llegada al palenque, pero fueron notados por los indígenas, quienes de esta forma pudieron organizar la defensa. A pesar de lo que en la documentación se denomina como "fuertísima resistencia", los españoles atravesaron las defensas disparando sus armas de fuego, lo que provocó la muerte de siete indígenas, de los cuales dos mujeres. Tres de los atacantes quedaron heridos tras la refriega. No obstante, consiguieron su objetivo de capturar 21 de los huidos, "las

nueve grandes y las doce pequeñas"; el resto, cuyo número no se menciona, logró escapar hacia la montaña. Luego de estas acciones, los españoles dieron fuego al palenque y emprendieron el regreso.

En el transcurso del desplazamiento de la tropa española, ésta fue atacada por un grupo de indígenas emboscado "en una cuchilla y estructura de una eminente cuesta". Una lanza atravesó el pecho de quien dirigía la tropa de soldados milicianos, dándole muerte instantáneamente. El resto de los soldados disparó, pero los fusiles "no dieron candela", según dicen los documentos, lo que aprovecharon los indígenas para atacar. Los españoles entonces tiraron sus armas y ropa de remuda, emprendiendo la huida a toda carrera, según lo indica la documentación.

Al final los indígenas se apoderaron de los fusiles y la ropa de los soldados y también cortaron los brazos y cabeza del comandante muerto para llevarlos como trofeo de guerra. Ahora los españoles también enfrentaron el peligro de caer en las trampas de estacadas que los indígenas cavaban en los caminos. A pesar del ataque, los españoles lograron mantener los 21 indígenas capturados y regresar a la ciudad de Santiago de Alanje. Días más tarde se supo que los indígenas merodeaban la población y se temía que la atacaran a fin de liberar a sus mujeres e hijos capturados. Pero los 50 hombres acuartelados y en guardia impidieron que éstos pudieran llevar a cabo dicho ataque.

Posteriormente los españoles se organizaron en tres distintas columnas para realizar diferentes entradas en las montañas, todo ello con el fin de registrar los posibles escondites de los indígenas huidos. Pero nada lograron en esta ocasión, ya que "jamás pudieron dar con ellos (pues) se amparaban en los bosques más impenetrables."⁵⁸

Luego de diversas incursiones de columnas de soldados enviadas hacia la montaña con resultados infructuosos, el gobernador decidió recurrir a los indígenas de los otros pueblos de reducción. En especial a los dorasques del pueblo de Dolega y a los chalivas del de Gualaca. Envió un mensajero a los padres de ambos pueblos para que éstos de inmediato le remitieran los indígenas hábiles en el manejo del arco y flecha. El gobernador estimaba necesitar 50 hombres de armas y de 80 a 100 porteadores.

Una vez que estos indígenas se presentaron en Santiago de Alanje, el gobernador procedió a "tratar con amor, y que se les obsequiase con las dádivas de anzuelos, chaquiras y agujas, tan estimados de ellos". De esta manera logró contar con estos indígenas conocedores del terreno, los cuales fueron enviados junto con una partida de soldados bajo la dirección de un fraile que recién acababa de arribar al Golfo de Chiriquí.⁵⁹

Una columna de 80 soldados, incluidos 39 indígenas de las etnias dorasques y chalivas, todos bien armados, partió de nuevo bajo la dirección del fraile Bartolomé García Morante, en busca de los indígenas huidos del pueblo de Bugaba. En la persecución, la tropa española llegó hasta una rancharía ubicada en la montaña, pero ésta se encontraba sin gente, aunque con indicios de que los indígenas habían pasado allí la noche anterior. Poco después capturaron a una indígena anciana la cual dijo no haber podido continuar en la precipitada fuga de los demás. Ésta, conminada a que confesase hacia donde habían huido los demás, respondió que los indígenas estaban "atemorizados todos de lo mucho que el gobernador de blancos los perseguía, se habían separado unos de otros con el ánimo de buscar seguridad y asilo en el pueblo de Boquerón, entre los muchos parientes de su nación que allí tenían".⁶⁰

Rendición y reinstalación de los indígenas en Bugaba

El gobernador recibió la comunicación del padre del pueblo de Boquerón, en la que éste le informaba cómo, en los alrededores de dicho pueblo se habían capturado 18 indígenas, entre hombres y mujeres, de los fugados de Bugaba, y que estos le comunicaron que si el gobernador los perdonaba, entonces irían en busca de los que permanecían en la montaña y todos vendrían al pueblo.

A tal petición, el gobernador respondió positivamente y estuvo de acuerdo en concederles el perdón, siempre y cuando tomasen de nuevo posesión de su pueblo "donde quedarían libres para seguir en la mejor paz con los padres y vecinos". En realidad el objetivo era que los indígenas volvieran de nuevo "al trabajo en que antes estaban empleados..."

Una vez lograda la pacificación de estos indígenas, el gobernador procedió a desmovilizar a la mayor parte de los soldados que participaron en las diferentes incursiones en la montaña, o en las escoltas que para protección se instalaron en Santiago de Alanje y en el pueblo de Boquerón. Según el gobernador, se trataba de 415 hombres, de los cuales 260 eran milicianos y los 155 restantes "del paisanaje", todos los cuales se describen como gente de labor de campo. Sin embargo, el gobernador dispuso que se mantuviera una guarnición de 50 hombres, los cuales también levantaron una casa-cuartel que se describe como de 24 varas de largo y 10 de ancho, toda de "buenas maderas", en la ciudad de Santiago de Alanje.

El historiador panameño Alfredo Castellero plantea que los indígenas chánguenas del pueblo de Bugaba tuvieron objetivos muy limitados: se trató de una acción de venganza contra los españoles y huir de las reducciones.⁶¹ Afirma que los indígenas no tenían la intención sublevar toda la región y provocar el alzamiento general. Estas afirmaciones se ven confirmadas de la lectura de la documentación, donde es evidente la situación de desesperación en que se debían encontrar los indígenas para emprender tal acción. Cuando fueron capturados, algunos de éstos se encontraban exhaustos. No obstante, la misma documentación señala la existencia de un modo de vida indígena entre los habitantes de las altas regiones de la cordillera o serranía de Tabasará, así como al otro lado de las montañas, en la vertiente del Caribe.

Este mismo autor afirma que, a pesar del fracaso de las rebeliones éstas lograron minar el sistema misional que a duras penas habían logrado implantar los frailes franciscanos recoletos. Según este autor: "estas sublevaciones no fueron, como muchas otras de su tipo, meramente espontáneas e impremeditadas".⁶²

En la región aledaña a Santiago de Alanje se produjeron otros levantamientos indígenas después de la rebelión de los de Bugaba: una en el pueblo de reducción de San José Tolé, con muerte del sacerdote y heridas graves de otro misionero. Posteriormente, éstos indígenas de Tolé atacaron Cañazas. A comienzos de 1805 los indígenas del pueblo de San Antonio cambiaron sus alianzas y se unieron con sus antiguos enemigos, los mosquitos, atacando a la población de Santa Fe. Este poblado, así como Cañazas habían sido recientemente fundados por las autoridades españolas, mediante la fijación en el lugar de individuos de origen afro mestizo, con el fin de que ejercieran vigilancia sobre los indígenas, así como para su empleo como mano de obra en actividades ganaderas y mineras que se empezaban a desarrollar en la región.

Después de las rebeliones indígenas, los colonos de los centros de población de origen español, pero con población "de todas las mixturas", como lo dicen los

documentos, también aprendieron a organizarse militarmente: el Capitán y gobernador Medina Galindo se deshizo en elogios al evaluar la participación del paisanaje en la persecución, represión y aprehensión de los indígenas rebeldes que huían de sus pueblos de reducción misional. Posteriormente se llegó a crear un espacio fronterizo hacia el norte de la provincia para frenar el embate de los ataques de los mosquitos y sus instigadores, los ingleses. Con ese fin se fundaron las poblaciones de Cañazas y Calobre. Familias de afroestizos fueron también situadas en el entorno de las reducciones guaymíes, con el objetivo de vigilar y reprimir a los fugitivos de los pueblos de misiones.

Si observamos el mapa de la región, claramente las poblaciones de Cañazas, Calobre y más tarde la de Santa Fe, evidencian el esfuerzo hispánico por afianzar su soberanía en el Caribe del istmo. Sin embargo, tales poblaciones se ubican al norte de Santiago de Veragua, en tanto que más al oeste, en las poblaciones cercanas a Alanje, así como en David, la población ladina se dispersó por los campos y no se fijaron en ningún particular centro de población. El centro de población de Santiago de Alanje no albergaba más que la autoridad y un puñado de vecinos, encontrándose el resto disperso en los campos circunvecinos. No obstante, este paisanaje, como se le llama en la documentación, fue capaz de organizar una primera salida expedicionaria tras los rebeldes y más tarde se contó con el apoyo de indígenas "amigos", de los pueblos de indios más ladinizados, cercanos a Santiago de Veragua, así como de la milicia, que incluía a muchos afroestizos.

En cuanto al pueblo de Bugaba, algunos años más tarde había quedado despoblado.⁶³ No obstante, a comienzos de la década del siglo diecinueve, en 1804 se indica que Bugaba había sido repoblado en nuevo sitio y con el nombre de Inmaculada Concepción del Arado (hoy día Bugaba).⁶⁴

Al tiempo que ocurrió la rebelión de los indígenas de Bugaba, se produjo otra en un pueblo de indios cercano, llamado San José de Tolé, y de la cual hay poca información. Se sabe que los indígenas quemaron el pueblo, mataron al padre reductor fray Antonio Galíndez, presidente de las misiones de Propaganda Fide en ese momento, e hirieron gravemente a su compañero el padre fray Ramón Rábago. Un tercer misionero habría logrado huir. A raíz de estas insurrecciones, el gobernador Medina Galindo decidió instalar en cada pueblo de reducción una tropa de 51 hombres, "para contener a los indios y seguridad de los padres".⁶⁵ Ello no impidió que los indígenas lanzaran un asalto contra el poblado de Cañazas. Probablemente fue una acción de los indígenas de las montañas y de la zona del Caribe. En 1805, un grupo de indígenas guaymíes también atacó la comunidad de Santa Fe, población que había nacido debido a la explotación de yacimientos auríferos situados en sus alrededores. El ataque lo llevaron a cabo los llamados norteños, es decir del otro lado de la Cordillera. Entre los atacantes se encontraba un indígena cristiano que había sido criado de un gobernador de Panamá, de apellido Bejarano. Pero no era el único de los atacantes que con anterioridad había formado parte de algún de pueblo de misión.

Aparentemente, los indígenas pasaron a la ofensiva gracias al apoyo recibido por parte de un barco mercante inglés, el cual se encontraba en ese tiempo comerciando por la costa, entre Bocas del Toro y el antiguo asiento minero de Concepción. Sus tripulantes jugaron un papel central en el ataque de los guaymíes a Santa Fe. Según la versión documentada por los españoles en Panamá, los tripulantes de dicho barco incitaron a los indígenas guaymíes para que asaltaran dicha población, la cual se consideraba en ese momento como la más rica de la región,

debido a la intensa actividad minera en yacimientos auríferos cercanos. Los indígenas, según el historiador Castellero recibieron de los ingleses armas de fuego "de boca ancha", quienes también les suministraron pólvora y municiones. De acuerdo con esta versión los ingleses dieron instrucciones a los guaymíes para que saquearan y tomaran cautivos en Santa Fe, así como de que averiguaran cuántas armas de fuego disponían los vecinos de ese centro de población.

El ataque a Santa Fe habría sido despiadado: mataron al cura y otros vecinos incluidos mujeres y niños. Tomaron como esclavos a 17 personas entre los cuales se encontraban cuatro niños y dos esclavos de los españoles.⁶⁶ A las mujeres cautivas les informaron que las llevaban de regalo a los ingleses. Los atacantes también incendiaron la iglesia, la casa del gobernador, así como otras 12 viviendas. Se llevaron los ornamentos sagrados y rompieron los vestidos de las imágenes de santos de la iglesia. Un retrato del duque de la Alcudia, en cuyo honor se fundó la población, fue quemado. Los españoles calcularon las pérdidas en más de cien mil pesos.⁶⁷

Como reacción al ataque, pronto se organizaron 200 habitantes de Santa Fe, entre indios tributarios y vecinos. Cien milicianos emprendieron la persecución de los indígenas luego que éstos huyeran después de su sorpresivo ataque. La persecución continuó por cinco días hasta que los perseguidores alcanzaron a los guaymíes en un sitio llamado "pedregal del río Calovébora", donde se libró una batalla con arma blanca. En tal combate perecieron 36 indígenas guaymíes, en tanto que otros lograron continuar la huida, aunque tuvieron que dejar atrás a sus cautivos adultos, no así los niños, los cuales pudieron llevarse en su fuga.

El gobernador alabó la lealtad de los indígenas del pueblo de indios de San Francisco de la Montaña, cuyos habitantes cristianizados y tributarios se mantuvieron fieles a los españoles, persiguiendo y atacando con furia a los indígenas rebeldes. Según el gobernador estos indígenas actuaron con mucha valentía y heroísmo. Para compensarlos, solicitó al príncipe de la Alcudia que permitiera que "en las banderas que usan los indios de San Francisco de la Montaña puedan poner un letrero bordado que diga Obediencia al rey y valor sobresaliente".⁶⁸

El historiador Castellero analiza las cifras de población de los pueblos de indios y concluye que hubo un constante descenso del número de habitantes de los pueblos de reducción. El número de indígenas reducidos en 1793 apenas superaba al que existía en 1782, Once años más tarde, el padrón de las misiones de 1803 indicaba una disminución de 759 indígenas, es decir más del 27%.⁶⁹ Esta situación muestra un patrón similar al ocurrido en otros pueblos de misión de áreas de frontera en Hispanoamérica.⁷⁰ Simultáneamente a las pérdidas demográficas en los pueblos de misión, perdió fuerza el impulso misional. A fines de la década de 1780, solo había siete misioneros, de los cuales dos estaban "enteramente inútiles por enfermedades".⁷¹

A partir de la década de 1790, se intentó reavivar una vez más el empuje misional: 16 frailes y dos legos fueron financiados por la Corona, para que partieran desde España hacia Panamá donde debían dedicarse a tareas de evangelización. En 1793 llegaron a Panamá y diez años más tarde, según Castellero habían logrado fundar los pueblos de San Miguel de Culebra y Purísima Concepción del Arado. No obstante, en 1804 el presidente de las misiones en Panamá traspasó la doctrina de esos pueblos al clero secular. Según los datos que ofrece Castellero los pueblos de reducción de San Antonio y Gualaca contaban con un capital de cofradías de 3000 cabezas de ganado y el de Las Palmas, 607 cabezas de ganado vacuno y caballo.⁷²

Al estudiar las modificaciones demográficas de los pueblos de reducción, Castellero descubre el desarrollo del proceso de ladinización de la población en su interior. Da el ejemplo de El Palmar, donde, de un total de 998 habitantes, 590 eran censados como indios, en tanto los restantes 408 se les denomina como "de color". Es decir afro-mestizos. Ello sería resultado de la miscigenación que se produce desde los tiempos de Medina Galindo hacia mediados de la década de 1780.⁷³ Fue, a partir de la intervención de la tropa de paisanaje, cuando se autorizó igualmente el poblamiento de familias de color para el control de las reducciones. Entonces en la región aledaña a Alanje, a diferencia de los asentamientos fundados al norte de Santiago de Veragua, la población afro-mestiza se asienta entre los indígenas, dando lugar al proceso de mestizaje mencionado. Como corolario, la Orden Franciscana de los Recoletos se debilitó lo que condujo a la clausura de su convento pocos años más tarde.⁷⁴ Todo ello provocó la decadencia de las misiones en la región de Alanje en las décadas finales de la dominación colonial.

Conclusiones

A partir de mediados del siglo dieciocho, en Centroamérica se inició una nueva etapa de evangelización, en manos de franciscanos recoletos, auspiciada por la monarquía española, como consecuencia del estallido de la guerra entre España e Inglaterra. Su objetivo era tratar de avanzar hacia territorios donde existía la real amenaza de que los ingleses y sus aliados mosquitos lograran establecer alianzas con los grupos indígenas que habitaban los territorios del Caribe centroamericano. El asunto era particularmente grave en la región del Pacífico sur de Costa Rica y oeste de Panamá, debido a la presencia creciente de los ingleses en la región de Bocas del Toro, de donde irradiaba su influencia hacia los territorios del Caribe y sus intentos de penetrar, cruzando la cordillera, las regiones del Pacífico de ambas provincias. Si tal cosa llegara a ocurrir, temían los españoles, el istmo quedaría cortado de norte a sur, interrumpiendo la continuidad de los dominios españoles en el continente. Además, sería una gran amenaza el que los ingleses lograran pasar al otro lado de la cordillera y establecieran bases en la zona del Pacífico.

Al principio los frailes recoletos del Colegio de Cristo Crucificado se concentraron en la región del Pacífico sur de Costa Rica, aunque también reforzaron el pueblo de Orosí, en el Valle del Reventazón, región central-Caribe de Costa Rica. En el sur del país, lograron congregarse indígenas de las zonas de montañas aledañas, en los pueblos de reducción de Térraba y Cabagra, así como reforzar el de Boruca. Pero los indígenas, tal como ya lo habían realizado con anterioridad, se rebelaron contra los frailes franciscanos.

La rebelión de los terbis del norte, consistió en una alianza entre indígenas insumisos de las montañas, teribes del Alto Telire, con los indígenas ya reducidos en Cabagra, pueblo de misión fundado por los franciscanos recoletos. El ataque mancomunado de ambos grupos indígenas, significó un duro golpe para los frailes. No obstante, estos lograron mantener su presencia en los pueblos de Boruca y Térraba.

Más tarde, a partir de la década de 1770, los frailes franciscanos recoletos concentraron sus esfuerzos en la provincia de Veragua. Con anterioridad, como vimos, los jesuitas habían realizado algunos pequeños avances a partir de la población de Santiago de Alanje y en los alrededores de tal centro de población española. Por otra parte, los franciscanos recoletos lograron fundar un total de seis pueblos de reducción.

El grado de control ejercido en cada uno de los pueblos fue distinto. Pero en general parece que poco se logró en el objetivo evangelizador. Sin embargo, los frailes lograron emplear la mano de obra de los indígenas reducidos en el desarrollo de algunas actividades económicas que les dejó algunas ganancias. Vimos que tenían hatos de ganado y, en algunos casos excepcionales, explotaban el trabajo de las mujeres indígenas en tareas textiles. A pesar de la rebelión y huída de los chánguenas de los pueblos de Bugaba y, de Tolé, así como los ataques indígenas a poblaciones afroestizas (Cañazas, Santa Fe), ello no frenó el avance colonizador de origen hispánico. En particular el crecimiento demográfico de la población ladina, es decir el conjunto de individuos denominados como de "muy diversas mixturas", fue acelerado a partir de la formación de centros de población afroestiza, auspiciados por las autoridades coloniales.

Los propios pueblos de misión, disminuídos demográficamente de indígenas, se convirtieron en centros de miscigenación racial y cultural. A partir del siglo diecinueve, continuó el desarrollo acelerado de dicho proceso, en particular con el desarrollo de los lavaderos de oro en la región donde se fundó Santa Fe.

Al comparar la situación de los pueblos de indios de reducción en el lado de Costa Rica con la de los de la región de Alanje, se puede llegar a la siguiente conclusión: La exitosa rebelión de los indígenas teribes concentrados en el pueblo de Cabagra, que desapareció por la huida de sus habitantes, así como la imposibilidad de enviar en su busca soldados españoles, evidencian la debilidad del poder colonial en la región de las llanuras de Térraba. Aquí no había colonos procedentes de otras zonas de colonización hispánica. Tampoco llegaron afroestizos como en el caso de la región del Golfo de Chiriquí. Inclusive, años más tarde –avanzado el siglo diecinueve– la colonización de las costas del Golfo Dulce de Costa Rica, a proximidad de Boruca y Térraba, la llevaron a cabo colonos chiricanos (de Chiriquí), es decir, del otro lado de la frontera.

En el lado panameño era evidente el avance colonizador que provenía de la región central de Panamá. Santiago de Veragua se había convertido en una ciudad importante desde mediados del siglo dieciocho. Tanto españoles que buscaban fundar haciendas ganaderas como campesinos de origen afroestizo, se desplazaron rumbo al oeste, hacia las tierras de los indígenas chánguenas. Los afroestizos fueron traídos por las autoridades coloniales con sus familias, con el fin de que cumplieran tareas de vigilancia y represión en contra de los indígenas que intentaran rebelarse al dominio hispánico.

Se puede comparar lo que ocurrió con los teribes concentrados en Cabagra, quienes lograron huir al primer intento, con la situación de los pueblos de misión de Bugaba y Tolé, en lado panameño. Los indígenas de estos pueblos tuvieron que hacer frente a una milicia organizada y con experiencia en la persecución de indígenas fugados de pueblos de reducción. Además, algunos vecinos de Veragua cooperaron en el financiamiento de la batida contra los indígenas que huían de los pueblos de misión.

Cerca de Santiago de Veragua también había una serie de pueblos de indios cristianizados, pero que a su vez pertenecían a etnias enemigas de los chánguenas. De allí que los españoles pudieron emplearlos también en la persecución y captura de los indígenas que intentaban escapar de las misiones de los franciscanos. Además, a partir de la década de 1780 aumentó considerablemente la colonización afroestiza, de manera que la situación evolucionó de manera distinta a la del Valle del Térraba, donde prácticamente no había población procedente del interior de Costa Rica.

En Panamá, la localización de yacimientos auríferos y la movilización forzada de afroestizos hacia la región de Chiriquí, aceleró el proceso de migración

y ladinización. Esta era una rica región que empezaba a ser valorada por los cercanos vecinos de la ciudad cabecera de Veragua. De allí que los órganos de poder local financiados por la Corona y por particulares, pudieron organizar el envío de columnas de soldados cada vez que los indígenas intentaban rebelarse. Pero en último término, los pueblos de misión constituyeron un factor de gran desestabilización para los indígenas y tales centros de población terminaron por tener mayor número de habitantes ladinos (“individuos de todas mixturas”) y los sobrevivientes indígenas fueron asimilados a éstos.

Alfredo Castellero concluye que el esfuerzo llevado a cabo por los misioneros no fue eficaz. Esto lo deduce, de la forma en que los indígenas reaccionaron ante los misioneros: se sublevaron, incendiaron las reducciones, mataron a los padres reductores y ultrajaron los símbolos del cristianismo.^{lxxv} Todo ello conduce a un decrecimiento de la población indígena en los pueblos. Con la llegada de los afroestizos, los indígenas retroceden dentro de las misiones frente a los no indígenas. Éstos terminarían por sustituir a los indígenas de sus propias reducciones y los restantes terminaron mestizándose con los foráneos.⁷⁵

Al término del período colonial, los indígenas de las etnias guaymíes y chánguenas que lograron escapar del sometimiento a los españoles, establecieron alianzas con los ingleses. Estos les suministraron armas, pólvora y municiones incitándoles igualmente a que atacaran los pueblos de misión y otros centros españoles. De esta forma, las reducciones fundadas por los franciscanos se debilitaron aún más. Así, observamos que en Panamá las misiones golpearon duramente a las comunidades indígenas, preparando el terreno para que otros grupos procedentes del ecúmene hispánico, se asentaran con facilidad en la región y terminaran por asimilar a los escasos supervivientes indígenas de las anteriores reducciones. En esta perspectiva, las misiones sí cumplieron la tarea de punta de lanza del avance colonizador que irradiaba de las ciudades de Panamá y Santiago de Veragua, al coadyuvar al descenso demográfico de los chánguenas y otros grupos, quienes recibieron el impacto directo de los evangelizadores.

Por el contrario, en el caso de los pueblos de Boruca y Térraba, en la zona del Pacífico sur de Costa Rica la situación predominante fue la de escasa presencia hispánica o ladina en la región. No ocurrió una migración de colonos procedentes del interior del país y por ello el Pacífico sur de Costa Rica se mantuvo como zona dominada por los indígenas, con excepción del pueblo de Boruca y en menor grado Térraba, los cuales fueron aceptados por los indígenas insumisos como centros de intercambio, donde podían comerciar y obtener productos que procedían del ecúmene hispánico.

Notas

1. El autor agradece la colaboración de Alejandra Boza V., quien localizó gran número de los documentos citados en este trabajo. Patricia Hernández Gracia participó igualmente en esta tarea, así como revisó y comentó un primer manuscrito de este trabajo. Guiselle Marín me prestó amablemente documentos que localizó en la Biblioteca Bancroft en California, así como el reciente libro de Alfredo Castillero, *Conquista, Evangelización y Resistencia*, Panamá: Colección Ricardo Miro, Premio Ensayo, 1994
2. Para el caso de Costa Rica, consúltese León Fernández, Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica, en adelante CDHCR, (10 volúmenes, editados en París, Barcelona y San José, 1886-1907), tomo IX, pp 353-356. Para un estudio de los indígenas en las misiones franciscanas y jesuitas véase: *The New Latin American Mision History*, ed. por Erick Langer y Robert H. Jackson, Lincoln, Nebraska and London: University of Nebraska Press, 1995
3. Misiones de Talamanca-Informe del ingeniero Don Luis Díez Navarro, Guatemala, 4 de abril de 1771, en: Manuel María de Peralta, *Límites de Costa Rica y Colombia*, Madrid (librería de M. Murillo) y París (Ernest Leroux, ed.) 1886, p. 208
4. Vid. Troy S. Floyd en: *Un conflicto de imperios*, San Pedro Sula, Honduras: Centro Editorial, 1990, pp. 45-100
5. Vid. Stephen Webre. "La conquista espiritual", en: *Poder e ideología: La consolidación del sistema colonial 1542-1700, Historia General de Centroamérica*, Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario-FLACSO, 1993 volumen 2: El régimen colonial, capítulo III, pp. 166-170
6. En relación a las características de las diversas poblaciones prehispánicas en los años previos al arribo de los españoles véase: Robert M. Carmack, *Perspectivas sobre la Historia Antigua de Centroamérica*, en: *Historia General de Centroamérica*, Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario-FLACSO, 1993 volumen I, pp. 283-311
7. Vid. Troy S. Floyd, op. cit., 45-100
8. Pedro Pérez Valenzuela, Capítulo V: "El Colegio", en: *Los Recoletos: apuntes para la historia de las misiones en la América Central*, Guatemala: Publicaciones del Comité del Segundo Centenario del Arzobispado de Guatemala, 1943, pp. 51-59
9. Vid. Juan Carlos Solórzano F., *Indígenas insumisos, frailes y soldados: Talamanca y Guatuso, 1660-1821*, en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, vol. 23 (1-2), 1997, pp. 143-197
10. Vid. Geoffrey J. Walker, *Política española y comercio colonial 1700- 1789*, Barcelona: Ed. Ariel, 1979 y para el caso de Costa Rica, vid. Juan Carlos Solórzano F., *El comercio de Costa Rica durante el declive del comercio español y el desarrollo del contrabando inglés: período 1690-1750*, en: *Anuario de Estudios Centroamericanos*, Universidad de Costa Rica, vol. 20 (2), 1994, pp. 71-119
11. Vid. Troy S. Floyd, *Un conflicto de imperios*, op. cit., p. 88

12. Información detallada de las actividades de los indígenas de Boruca y de su sujeción bajo los franciscanos se encuentra en León Fernández, CDHCR, tomo IX, pp 353-356
13. León Fernández, CDHCR, tomo VIII, p p. 423-424
14. Vid. Juan Carlos Solórzano F., *Las relaciones comerciales de Costa Rica en el Pacífico (1575-1821)*, en: *Revista de Historia*, (CIHAC, Univ. de Costa Rica –Escuela de Historia, Univ. Nacional) No. 43, enero-junio 2001, pp. 93-142
15. CDHCR, op. cit., tomo VIII, p. 425
16. Troy S. Floyd op. cit., p. 92
17. Archivo Nacional de Costa Rica, Sección Histórica, en adelante ANCR, S H, Serie Complementario Colonial en adelante CC., No. 5034, folio 42v., del 13 de abril de 1761. También véase: “Carta de fray Tomás López y Carta de fray Ignacio de Echeverría sobre la invasión de los pueblos de Cabagra y San Francisco de Térraba por indios Nortes de Talamanca”, *Revista del Archivo Nacional*, Tomo II, julio-agosto de 1938, pp. 542-544 y “Testimonio de autos sobre la traslación del pueblo de San Francisco de Térraba”, en: Archivo General de Indias, en adelante AGI., Sección Audiencia de Guatemala Legajo No 546.
- 18.. ANCR, SH, CC., No. 253, del 14 de mayo de 1761 y Ricardo Fernández, *El Descubrimiento y la Conquista*, San José: Colección Biblioteca Patria, Editorial Costa Rica, 1975, 5ª edición p. 198.
19. Informe sobre las misiones en Talamanca, AGI., Sección Audiencia de Guatemala, Legajo No. 964.
20. ANCR, SH, CC., No. 253, del 14 de mayo de 1761.
21. AGI, Sección Audiencia de Guatemala, legajos números 546 y 964. También véase Bernardo A. Thiel. *Datos Cronológicos para la Historia Eclesiástica de Costa Rica*, Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, s.l., s.f., p.192 y Manuel María de Peralta, *Costa Rica y Costa de Mosquitos*, París: Imprenta general de Lahure, 1898, p. 261.
22. León Fernández, *Historia de Costa Rica (1502-1821)*, 2ª edición, San José: Editorial Costa Rica, 1975, p. 296
23. Misiones en Talamanca, AGI, Sección Audiencia de Guatemala, legajo No. 546
24. CDHCR, tomo IX, p. 541.
25. CDHCR, tomo X, pp. 505-506.
26. Note by Señor Peralta, Missions of Talamanca and Veragua, 1770, en: ANCR, Serie Relaciones Exteriores, Cajas de Límites Costa Rica y Panamá, (en adelante RREE) Caja número 21, tomo I, f. 70
27. Pedro Pérez Valenzuela, op.cit., p. 115

28. Real Cédula que otorga las misiones de Veragua al Colegio de Cristo Crucificado de Guatemala, en: ANCR, RREE, Caja número 21, tomo 1, f. 73
29. Ibid, f. 74
30. Mario José Molina Castillo, *David, Historia y Sociedad: Orígenes y evolución preurbana (1602-1890)* Panamá: Editorial Librepensador, 2002, p. 4
31. Informe firmado por el obispo de Panamá, en la ciudad de los Remedios, el 1 de marzo de 1620, en: ANCR, RREE, Caja número 21, tomo 1, f.f. 300-310
32. Alfredo Castellero Calvo explica las características fugaces de los centros mineros panameños en *Provincia del Darién, examen histórico del Darién*, en: *Suplemento Educativo cultural*, mayo 12 y 26 de 1987
33. Maroni, Pablo, "Descripción del reyno de tierra firme, by misiones hechas entre fieles, e infieles de los operarios del Colegio de la Compañía de Jesús de Panamá, 1744-1747", 89p. (1 v) Biblioteca Bancroft, University of California in Berkeley; Manuscitos: *Catalog Record*, Banc Mss 81/2m
34. Informe firmado por el obispo de Panamá, en la ciudad de los Remedios, el 1 de marzo de 1620, en: ANCR, RREE, Caja número 21, tomo 1, f.f. 300-310, documento citado
35. Biblioteca Bancroft, Manuscitos, *Catalog Record*, Banc Mss 81/2m, Maroni, Pablo, "Descripción...", documento citado
36. Ibidem
37. Joseph de Inzaurreandiaga, *Derrotero de un viaje de Portobelo a Nicaragua y de regreso, por la ruta de Costa Rica*, en: *Documentos Históricos*, edición en ocasión del 50 aniversario, Academia de Geografía e Historia, San José, Imprenta Nacional, 1990 p. 30
38. Note by Señor Peralta, *Missions of Talamanca and Veragua, 1770*, documento citado, f. 71
39. Ibidem
40. Informe del gobernador de la provincia de Veragua, Félix Francisco Bejarano, septiembre 15 de 1775, en: ANCR, RREE, Caja número 21, tomo 1, f. 107
41. Biblioteca Bancroft, Manuscitos, *Catalog Record*, Banc Mss 81/2m, Maroni, Pablo, "Descripción...", documento citado
42. Ibidem
43. Pedro Pérez V., op. cit., pp. 119-120
44. Ibid, p. 119
45. Ibid, p. 120

46. Ibidem
47. Alfredo Castillero (1994), op. cit., p. 405
48. "Carta del Guardián del Colegio de Cristo Crucificado, Fray Juan Nepomuceno, a Don Ygnacio Guerra". ANCR, SH, Serie Guatemala, No. 798, (año 1802)
49. Ibidem
50. "El gobernador de Veragua. Sobre sublevación de los indios Chánguinas contra el pueblo de Bugaba y lo que se ha practicado en servicio del Rey," ANCR, SH CC 5146 (8 de septiembre de 1788)
51. El gobernador de Veragua sobre la sublevación de los indios Chánguinas, ANCR, SH, CC 5145 (22 de mayo de 1787)
52. A propósito de la milicia como instrumento de represión, vid. Severo Martínez Peláez, *Motines de indios: La violencia colonial en Centroamérica y Chiapas*, Universidad Autónoma de Puebla, Publicaciones de la Casa Presno, en especial el Capítulo Tercero: Represión, pp. 67-97
53. El gobernador encontró que la mayor parte de los vecinos de la ciudad de Alanje se encontraban dispersos por los campos atendiendo sus cultivos y hatos de ganado por lo que ordenó el disparo de tres tiros de cámara . Ante tal llamado no todos se presentaron. Vid. ANCR, SH, CC. 5145, documento citado
54. Ibid, f. 3v.
55. Ibidem
56. Ibidem
57. ANCR, SH, CC. 5146, documento citado
58. Ibidem, así como "*diario del capitán Medina Galindo*", citado por Alfredo Castillero (1994), p. 406 y sgts.
59. Ibidem
60. Ibidem
61. Ibid, p. 411
62. Ibidem
63. Ibid, p. 414
64. Ibid, p. 415
65. Ibid, p.416

66. Ibid, p. 422
67. Ibidem
68. Ibid, p. 423
69. Ibid, p. 416
70. Vid. *The New Latin American Mission History*, op. cit.
71. Alfredo Castillero (1994), op. cit., p. 41
72. Ibid, p. 418
73. Ibidem
74. Ibid, p. 419
75. Ibid, pp. 424– 425